

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.

Cartagena: Liberato Montells, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Viernes 24 de Setiembre.

El Eco de Cartagena

En la revista semanal «La Madre de Familia», que dirige nuestra paisana y buena amiga la reputada poetisa doña Enriqueta Lozano de Vilchez, leemos un artículo titulado «La Esposa Católica», debida á la bien cortada pluma de dicha Señora; y como la mayor parte de nuestros suscritores no tendrán conocimiento de él, lo insertamos á continuación en la seguridad de que agradará á nuestros lectores.

Dice así:

La esposa católica.

Hay en el ancho y fecundo valle de la vida una flor de vistosa y galana apariencia, que enamora y seduce con sus brillantes y varios colores; pero cuyo cáliz, exento de dulces perfumes, careciendo de productiva y generosa savia, ni embalsama el aire en rededor, ni vierte en el espacio la suave influencia de su aroma.

Estas flores ocultan á veces en su seno crueles y punzadoras espinas que desgarran la mano que se posa en ellas, produciendo heridas incurables que hacen dolorosa la existencia y destruyen el porvenir. Ellas tambien gozan una efímera ventura, pues solo son flores de un dia, que el mas ligero soplo de viento deshoja, que el más templado rayo de sol marchita.

Acaso no faltará alguno que al fijar su vista en estas frases, comprenda como nosotros, que esa flor sin aroma, esa flor de tan frágil belleza, planta parásita é inútil es la mujer cuya alma no guarda como un tesoro el perfume divino de la virtud y de la fé.

¿Que es la hermosura del rostro sin el atractivo irresistible de la belleza del alma? una flor sin esencia; un trasparente copo de blanca espuma: agrada á la vista, encanta los ojos; pero sin interesar al corazón, se deshace por sí misma, tro-

cándose en nada al mas ligero contacto.

La mujer, criada por Dios para ser la tierna y amante compañera del hombre; elevada á la dignidad de madre, ó ostentado sobre la frente el dulce título de esposa, tiene grandes deberes é imprescindibles y sagradas obligaciones que cumplir sobre la tierra.

Deberes que se asemejan á una gran máquina compuesta de cien piezas, regularizada por cien resortes: romper cualquiera de ellos, quitadle uno solo, y el todo quedará defectuoso é inútil.

Dad á una mujer algunos atractivos, concadadla dotes, virtudes; pero suponedla frívola, calculadora, egoísta, y esa mujer, no solo no podrá hacer la felicidad de su esposo y de sus hijos, sino que contribuirá á su desgracia.

Acaso se nos tache de demasiado exigentes ó rígidos en este punto; pero para aquella que reina en el hogar, que dirige las familias, que forma el alma de los hijos; las mayores perfecciones, las mas nobles cualidades son á nuestro juicio pocas.

Nosotros juzgamos que toda, ó la mayor parte de la dicha del hombre, está en la mano de la mujer.

No porque una esposa no manche el nombre de aquel que la ha confiado su honra, se la debe llamar virtuosa; no porque una mujer guarde su decoro y su buen nombre en sociedad, se la debe apellidar buena.

No se envanescan, pues, por esto, las que tal habéis; no se crean perfectas por ello, ni superiores á las demas; no aspiren por eso á mayor gloria, puesto que los afanes y el remordimiento de que se libran, son suficientes para recompensarlas de esta virtud.

Para que una esposa llene cumplidamente su misión, ha de saber plegar sus gustos, su voluntad y sus deseos, á la voluntad y á los gustos de su esposo: ha de renunciar á las frivolidades del lujo, á lo sin fondo donde van á parar las fortunas, el porvenir y acaso la hon-

ra de muchas familias. Ha de olvidar para siempre las vanas adulaciones del mundo, las insensatas aspiraciones de la vanidad, escollo terrible donde van á estrellarse la tranquilidad, la paz del corazón y tal vez el alma de esas alucinadas sacerdotisas del oropel y de la farsa.

El matrimonio es una cadena inquebrantable, un sello perpétuo que ninguno no puede levantar; pero es tambien un lazo de flores, cuando la lealtad, la virtud y la dulzura son las bases en que se apoya.

¡Ay de aquellas que no guardan en su alma estas perfumadas é inimitables flores! ¡Ay de aquellas que son intolerantes, orgullosas: que no saben que el mas hermoso atributo del corazón es olvidar las ofensas y conceder el perdón!

La antorcha de su himeneo se convertirá bien pronto en la tea de la discordia; el ángel de la paz abandonará bien pronto el asilo que debia cubrir con sus alas, dejando su lugar á las lágrimas, al dolor y al tardío é inútil arrepentimiento.

El esposo que al buscar al lado de la mujer á quien se unió ante Dios, consuelo para sus dolores, indulgencias para sus faltas, esperanza para los azares que le ofrece la vida; halla solo en ella desvío, falsedad é intolerancia, no es extraño á fé que de amigo se convierta en tirano, de compañero en señor absoluto, ó que no encontrando bajo su techo el amor, la bondad y el cariño que demanda; huya lejos de él, y de buen padre y buen esposo, se trueque en un ser culpable que olvide los deberes que contrajo al pie del altar.

Y entonces ¿qué responderá ella, mujer cuando Dios la pida estrecha cuenta de aquel corazón, de aquel porvenir que confió á su cuidado?

Cuando una mujer tambien se lanza en pos de las fiestas, de los placeres, de los saraos; é invierte la suma que podia asegurar la suerte de sus hijos en un diamante en una cinta, en una blonda: cuando confía á las prendas de su alma en manos extrañas, en vez de poner en sus

labios las primeras plegarias cristianas, en vez de velar su sueño y de escudar sus frentes bajo la sombra bendita de la augusta cruz, si esos hijos pierden la cándida inocencia que ella debia guardar, si en sus almas siembran la semilla del mal, y esa semilla produce algun dia envenenados frutos, ¿qué responderá esa madre cuando el Eterno la pregunte, que ha hecho de aquellos ángeles que puso bajo su custodia? ¿Qué importa que haya cubierto de galas el seno de sus hijos, qué importa que haya ornado de flores sus frentes, si bajo aquellas galas no late un corazón cristiano, si bajo aquellas flores no se agita el pensamiento de Dios?

¿Por ventura habrá cumplido con su santa misión cuando puede decir «me admiran en sociedad, no arrastro por el lodo el nombre de mi esposo, mis hijos tienen trajes, abrigo, cuidados que les compro?»

No; ¡mentira! la tal crea se engaña: no es esto solo lo que debe, lo que puede hacer una mujer.

Antes que los deberes de la cabeza, están los deberes del corazón. Antes que la materia es el espíritu.

¿Queréis saber cual es la senda que Dios ha marcado á la mujer? ¿Queréis saber cual es el destino que el cielo ha confiado á sus manos, al ceñir á su frente el velo de esposa, y al rodear sus sienes con la corona de madre? escuchad:

Debe ser la humilde violeta que embalsame con su humilde aroma cuanto tiene en derredor; pero ocultándose siempre entre el manto de la modestia. Debe ser el serafín de los consuelos divinos, que envuelva entre sus alas y enjague con su vestido las dolientes lágrimas de los seres que la rodean. Debe ser el rayo de sol que ilumine su hogar, la gota de rocío que refresque la sien del compañero de su vida: el árbol frondoso á cuya sombra pueda reposar. Debe ser el ángel custodio de sus hijos, el escudo que los proteja, la luz que los ilumine, la mano que los guie, el báculo en que se apoyen.

Su lema ha de ser la fé, la religion, la dulzura, la sumision, el olvido de sí misma. En su corazón ha de ani-